

LO QUE EL TIEMPO SE LLEVÓ: REFLEXIONES TEÓRICO-PRÁCTICAS SOBRE EL USO DE MORTEROS PREHISPÁNICOS DESDE LOS LLANOS RIOJANOS

WHAT TIME TOOK AWAY: THEORETICAL-PRACTICAL REFLECTIONS REGARDING USE OF PRE-HISPANIC BEDROCK MORTARS FROM THE LLANOS RIOJANOS

Esteban Ezequiel Gilardenghi¹

¹ CONICET. Instituto Regional de Estudios Socioculturales. Prado 366, San Fernando del Valle de Catamarca, Argentina. Email: bubalev@hotmail.com <https://orcid.org/0000-0002-7545-7414>

Palabras clave **Resumen**

Morteros
aparente
latente
llanos riojanos

Durante años, y hasta la actualidad, las oquedades en rocas no móviles denominadas morteros han sido objeto de estudios diversos que buscaban responder preguntas respecto a su funcionalidad y su relevancia como materialidad de uso cotidiano. Tales investigaciones han sido exhaustivas y han brindado un cúmulo de información fundamental para el entendimiento arqueológico, profundizando en estudios físico-químicos y espaciales. Tal orientación ha oscurecido el acercamiento hacia otras conceptualizaciones, generando líneas de trabajo definidas. En este aporte exploraré, previa evaluación de los antecedentes, el concepto de función desde un enmarque que tenga en cuenta “lo aparente” (o lo manifiesto) y “lo latente” en el uso colectivo de los morteros. Incorporando esta conceptualización, espero profundizar en la multi-agencialidad de tales materialidades, como elementos que cumplen diversas funciones al mismo tiempo, siendo que estas no se organizan según una lógica jerárquica, sino que conviven y se complementan en el vínculo con otros seres, tanto humanos como no humanos. Para ejemplificar, utilizaré un breve estudio de caso de los llanos riojanos, territorio que posee más de 5000 oquedades de mortero, cuya función aún está siendo discutida.

Keywords **Abstract**

bedrock mortars
apparent
latent
llanos riojanos

For years, and until today, cavities in non-movable rocks called mortars have been the subject of various studies that sought to answer questions regarding their functionality and their relevance as materiality for everyday use. Such investigations have been exhaustive and have provided a wealth of fundamental information for archaeological understanding, delving into physical-chemical and spatial studies. Such orientation has obscured the approach towards other conceptualizations, generating defined lines of work. In this contribution, I will explore, after evaluating the background, the concept of function from a framework that takes into account “the apparent” (or the manifest) and “the latent” in the collective use of mortars. Incorporating this conceptualization, I hope to delve into the multi-agency nature of such materialities, as elements that fulfill various functions at the same time, since these are not organized according to a hierarchical logic, but rather coexist and

Presentado 21/02/2024; Recibido con correcciones 24/06/2024; Aceptado: 27/06/2024

COMECHINGONIA. Revista de Arqueología. Vol. 28, n° 3. Gilardenghi, pp. 165-186

<https://doi.org/10.37603/2250.7728.v.n.44356>

ISSN 0326-791/E-ISSN 2250-7728

complement each other in the link with other beings, both humans and non-humans. To illustrate, I will use a brief example from the Rioja plains, a territory that has more than 5,000 mortar cavities, whose function is still being discussed.

Introducción y antecedentes

En los estudios arqueológicos siempre ha habido sesgos sobre las materialidades en las cuales se focalizó la investigación, así como en el abordaje hacia cada una de ellas. Algunas de estas “desviaciones” pueden explicarse a partir del tipo de registro de cada área, la factibilidad de cada materialidad para brindar información de manera amplia y los análisis plausibles de realizarse en cada caso. En nuestro país, por las peculiaridades geográficas y culturales que presenta cada área, se han puntualizado temas y registros disímiles.

Algunos de los estudios físicos y químicos que pueden realizarse sobre los morteros (y por ende la información producida) son restringidos, puntualizándose sobre todo los estudios de flotación (Babot 2008; Giovanetti *et al.* 2010) en los cuales el material sedimentario recuperado en estas oquedades se somete a un procedimiento para reconocer restos vegetales que, por su tamaño, no podrían ser separados a mano. El estudio de los fitolitos, células vegetales mineralizadas que adoptan la forma del tipo de célula de la planta de la cual provienen, también ha sido utilizado en contextos de morteros, focalizando algunos trabajos en la metodología utilizada para extraerlos (Babot 2003) y su relevancia para el conocimiento de lo que se molía o contenía en las oquedades. Otro tipo de estudios han florecido en otras latitudes y aún no se han incorporado al bagaje metodológico, tanto de nuestro país como en Latinoamérica. La investigación sobre la fricción, el desgaste y la lubricación proviene de disciplinas como la ingeniería, en la cual se enfatiza la interacción de superficies de movimiento relativo, tanto en sistemas artificiales como naturales, conociéndose esta rama de aplicación como tribología (Bednarik 2015).

Recientemente ha surgido un tipo de estudio vinculado al ámbito tecnológico-fotográfico para el análisis de materiales arqueológicos a través del uso de tecnologías 3-D, permitiendo un acercamiento en el laboratorio como si fuese *in situ*. La fotogrametría permite, a través de múltiples fotografías, replicar de manera exacta lo visto en el terreno. Estos estudios han sido aplicados a morteros fijos o móviles y se vislumbran como una nueva forma concreta de trabajo (Conte y Robledo 2020).

Si bien los morteros están ampliamente diseminados en nuestro país, en ciertas áreas se ha avanzado más en su análisis y comprensión, aunque los estudios específicos sobre estos aún distan de tener una distribución amplia y homogénea. Es en ámbitos montañosos de Cuyo, Sierras Centrales y el Noroeste de Argentina -y en forma eventual Santiago del Estero- (Babot 2017) donde prima este tipo de registro, aunque en la zona de Patagonia meridional también se han registrado hallazgos (Lema *et al.* 2012; Saghessi *et al.* 2021; entre otros). Como base contemporánea de este tipo de estudios debemos citar los diversos trabajos de Babot en el NOA, estos se han focalizado tanto en las características morfo-funcionales de los artefactos, como en los estudios arqueobotánicos y en las revisiones históricas sobre estas materialidades (Babot 2004, 2007). En el área de las sierras cordobesas, los trabajos de Pastor han incursionado en la conceptualización de los morteros de uso colectivo como ejes de la integración comunitaria, la cohesión social y las explotaciones en marcos festivos de ciertos tipos de recursos, como la algarroba, (Pastor 2007, 2015). En consonancia con este último caso, Giovanetti ha profundizado, en la provincia de Catamarca, la investigación sobre festines en contextos Incas, donde grandes conjuntos de morteros propiciarían un espacio celebratorio

en contextos imperiales (Giovannetti 2021). Otros aportes destacados son aquellos realizados en la localidad El Chiflón, La Rioja, puntualizando en el análisis de las estructuras de molienda de uso comunal a partir de su vinculación con espacios productivos asociados a recursos silvestres (Guraieb y Rambla 2021). Si bien existen otras publicaciones que hacen referencias a este registro arqueológico, las enunciadas cuentan con una sistematicidad y cohesión a lo largo del tiempo, generando corpus investigativos que exceden la mera descripción morfo-funcional y apuntan a procesos integrales y conceptualizaciones más amplias respecto a la importancia relativa de las oquedades de molienda en contextos arqueológicos.

Desde una perspectiva histórica, la presencia y descripción de morteros en la literatura arqueológica posee una gran profundidad temporal, no exenta de problemáticas puntuales. La falta de homogeneidad en la nomenclatura histórica dio lugar a comparaciones, extrapolaciones e, incluso, uso de nuevas denominaciones (Babot 2017). Inclusive, por la carga de significación de ciertos conceptos -morteros comunales, morteros colectivos y morteros grupales, entre otros-, se normalizaron implicancias relativas a la organización de las sociedades que los utilizaban conllevando ciertas cristalizaciones al respecto (Babot 2017).

La bibliografía arqueológica da cuenta de la presencia de tal materialidad en publicaciones germinales de la disciplina en nuestro país, enfocada en la presencia de estos elementos en el registro (Ambrosetti, 1897; Lehman-Nitsche 1903; Outes 1911). Un poco más adelante en el tiempo, la preocupación de los investigadores privilegió el estudio de la función. Algunas de tales propuestas van desde la vinculación con el agua como represas, reservorios o filtros (Frengueli 1931; Rusconi 1940; Vignati 1931), pasando por la idea de contenedores de tierra (De Gandia 1943), lugares propiciatorios o

sacrificiales (Rusconi 1940), alisadores de boleadoras (Agüero Blanch 1962-63) hasta llegar a definirlos como instrumentos para procesar productos minerales, vegetales o animales (Difreri 1943; Nardi y Chertudi 1969). Entre todas estas, la que ha perdurado con mayor potencia en el imaginario arqueológico y en el tiempo, es la asociada al procesamiento de diversos productos. Esta posición se ha visto favorecida en los últimos años a partir del desarrollo de nuevas técnicas físico-químicas para la determinación de los productos trabajados en las oquedades.

“Nuevas-viejas” funcionalidades ¿yendo más allá del uso?

Aunque queda claro que, en un contexto académico como lo es este trabajo, se han valorado las posibilidades asociadas a tal esfera, resulta pertinente referirse a hipótesis propias de la tradición oral de las sociedades que han producido estas materialidades arqueológicas. En la actualidad, las comunidades originarias de los territorios donde existen morteros arqueológicos de uso colectivo poseen sus propias interpretaciones de estos espacios y lugares. Algunas de estas han sido retomadas por investigaciones científicas, pero la mayoría fueron ignoradas o simplemente reseñadas en los trabajos. Si bien tales interpretaciones se encuentran vigentes (Babot 2017), tanto en el NOA como en Sierras Centrales, los arqueólogos hemos hecho caso omiso a estas posibilidades debido a la imposibilidad de ser contrastadas fehacientemente con el registro disponible. Afirmaciones que refieren al carácter oracular de los morteros se asocian a la observación astronómica a partir del reflejo en las cavidades repletas de líquido, así como a las historias y cosmovisiones vinculadas al *Willka Mayu* (río del cielo) que, si bien es de origen andino, algunas poblaciones rurales campesinas cordobesas y del oeste riojano la destacan en sus narraciones orales (Rosalía y Rionda 2018). Es importante recalcar que la existencia de esta

función según las comunidades originarias o campesinas no anula ni oscurece la utilidad de los morteros como instrumentos de molienda, sino que refuerza esta idea de materialidad fluida y constante (Barbich y Gilardenghi 2022). Existen pocos trabajos sobre arqueo-astronomía en nuestro territorio, y menos aún que traten la temática desde el estudio de los morteros. Reynoso (2003) realiza un estudio sobre el sitio Rincón Chico, en la provincia de Catamarca, orientado a discernir posibles distribuciones espaciales de algunas estructuras diseñadas para observaciones astronómicas. En este contexto, describe la presencia de algunas rocas con morteros cuya ubicación no sería casual, sino que respondería a una construcción espacial del sitio en relación a la observación de eventos astronómicos. Otra referencia a oquedades de morteros y su asociación con la observación de los astros está presente, al pasar, en los trabajos de mapeo colectivos y diálogo de saberes realizados por Palladino y equipo en San Marcos Sierras, Córdoba (Palladino y Avila 2019). Si bien no son trabajos arqueológicos *per se*, la temática está presente indirectamente en los textos al trabajar con las comunidades comechingonas y los sitios del área.

Debido al énfasis puesto en la función y uso de los morteros, ha habido una cierta respuesta de investigadores que buscaron y buscan comprender a estas materialidades más allá de sus implicancias utilitarias. Estos acercamientos han facilitado la comprensión holística de estos objetos dentro de un contexto mayor, permitiendo insertarlos dentro de lógicas no occidentales de habitar el paisaje y devolviéndoles la relevancia en su vinculación con el resto del registro arqueológico. Los morteros comprenden conjuntos artefactuales altamente significativos para entender los contextos arqueológicos desde diversos puntos de vista: tecnológico, socioeconómico, demográfico e ideológico (Jackson 2004). Quizás uno de los rasgos más significativos para la investigación

arqueológica sea la persistencia temporal que poseen, pudiendo conservarse durante largos períodos de tiempo casi sin alteración aparente. Paralelamente, se manifiestan como elementos transgeneracionales (Paez *et al.* 2020), cuya potencia reside en la posibilidad de vincular diversas generaciones (Pastor 2015) alternando etapas de uso, desuso y reutilización del artefacto. Según Paez y colaboradores, “la cultura material es un transmisor de información sobre los comportamientos de los individuos que la generaron, al abordar su estudio comprendemos que ésta, no solo incluye a los objetos *per se*, sino también a las prácticas cotidianas, espacios y relaciones sociales. Las estructuras de molienda, como componentes de la materialidad, interactúan y participan activamente en las trayectorias de vida de las personas” (Paez *et al.* 2020: 96).

Para los autores, morteros y humanos se integran en una lógica que excede su materialidad y función, sin descartar que la molienda haya sido el principal modo de uso. Estos, en su caso de estudio, sostienen que a lo largo del tiempo pudieron existir múltiples funcionalidades, incluyendo algunas de índole propiciatoria o ritual en relación al recurso hídrico (Paez *et al.* 2020).

Estas funcionalidades múltiples permiten comprender a dichas oquedades, y a los soportes que las incluyen, como lugares persistentes, espacios donde las prácticas y sentidos anclaron la memoria social y, por ende, su apropiación por parte de un grupo humano (Pastor 2015). Estos lugares estructuraron el espacio de un modo definido, permitiendo en algunos casos su visualización a partir del moldeamiento de los paisajes, el cual condicionó a los agentes sociales tanto en sus prácticas como en sus representaciones (Criado Boado 1999; Pastor 2015). Los lugares con morteros colectivos fueron territorios donde se negociaron y resignificaron prácticas sociales y relaciones intergrupales, materializándose el

modo de entender el mundo, la cosmovisión y la forma de vida de tales sociedades a partir de un *habitus* repetido a través de distintas escalas temporales (Pastor 2015). “Estos artefactos, desde su posición fija y su larga vida útil tuvieron una agencia destacada en la formación de los sujetos prescribiendo la posición de los operadores, sus posturas y su vinculación con otros usuarios” (Pastor 2015: 305). Además de su función agencial, para Pastor (2015) estos objetos e infraestructuras tuvieron un rol decisivo en la construcción de los distintos lugares por donde se distribuyen, favoreciendo, además de su aspecto práctico vinculado al uso, la construcción de una memoria colectiva. Nuevamente se manifiesta la multifuncionalidad de estas materialidades, realizándose un hincapié en la división utilitario/no utilitario.

La perdurabilidad material, así como su presencia inmaterial como elemento semantizador del paisaje y portante de memoria(s), es una característica que suele repetirse en la literatura arqueológica. Su presencia material excede los tiempos y trasciende la vida de las personas que convivieron con ellas, las cualidades de su materia las tornan difíciles de datar, ambiguas para asociaciones étnicas y, hasta, para denominarlas individualmente (Laguens y Fernández 2022). Otra particularidad que se ha resaltado es la multiplicidad de significados, tanto simultáneamente como en distintos momentos (Laguens y Fernández 2022). Estas características permiten referenciar a las rocas con morteros como espacios de contención (Lucas 2012). Sus propiedades, al entrar en relación con personas y cosas, abrían/abren un espacio de posibilidades para otros ensambles de distintas escalas y temporalidades (Laguens y Fernández 2022).

Otra vertiente académica, fija la atención en el rol de estas materialidades dentro de festines, fiestas y ritos asociados al consumo de bebidas

y alimentos. Complementario a estos sucesos se da el análisis de los mismos como elementos de cohesión social, debido a la gran congregación de personas presentes en los sitios. Los morteros habrían funcionado como herramientas en la preparación de grandes volúmenes de comida y bebidas en las festividades periódicas (Giovannetti *et al.* 2017). Según Giovannetti y colaboradores: “El desarrollo de masivas fiestas que demostraban poder, ordenaban el mundo social, las jerarquías, el trabajo y sobre todo la vinculación con el mundo de los espíritus poderosos de los cuales se buscaba su favor y alianza” (Giovannetti *et al.* 2017: 143). Si bien este ejemplo corresponde a un contexto Inka como lo es el Shinkal de Quimivil, otros sitios de distintos períodos temporales y realidades geográficas también han sido investigados con una orientación similar. En las Sierras de Córdoba, en contextos materiales que evidencian nula arquitectura en superficie y procesos sociales distintos a los que se produjeron bajo la influencia Inka, Pastor ha focalizado en la importancia comunitaria de las oquedades de molienda en contextos de ausencia de recursos y diferentes grupos pugnando por los espacios extractivos (Pastor 2007). El proceso de aprovisionamiento y consumo de alimentos y bebidas de los grupos serranos se dio en un marco ritual y festivo, en espacios productivos como aquellos utilizados para la molienda colectiva. Esta escala de reproducción comunitaria permitió que estos lugares funcionaran como ejes en la negociación y tejido de alianzas intergrupales, favoreciendo la integración social y cargando de significados a los espacios donde se realizaban, como por ejemplo los morterales comunitarios (Pastor 2007).

Aunque estas referencias no agotan la completitud de bibliografía al respecto las he elegido debido a que creo que describen y profundizan la temática de manera novedosa, proponiendo conceptualizaciones innovadoras.

Marco conceptual: lo manifiesto y lo latente

Además de lo enunciado, algunos autores han utilizado conceptos teóricos para referirse a las estructuras de morteros, aunque no desarrollaron un marco interpretativo más amplio para integrarlos. Estas miradas posicionan su énfasis en la articulación con las prácticas sociales, las rocas con morteros encarnan un conjunto de relaciones espaciales, materiales y fenoménicas que integran el tejido social de su tiempo (Troncoso 2008), conformándose al mismo tiempo como estructuras tanto estructurantes como estructuradas (Giddens 1979). Esta dualidad las erige como espacios ideales para comprender la articulación y vinculación entre actantes -no humanos- y actores -humanos-, poniendo en valor el carácter transgeneracional y mutación de estas realidades históricamente definidas. Estos cambios incluyen, o por lo menos deberían, a quienes investigamos tales materialidades. *A priori*, cuando nos encontramos con una roca con morteros solemos dirigir nuestra interpretación en la molienda, su uso como espacio contenedor, en lo que se molía y forma de hacerlo ¿eran alimentos, pigmentos o bebidas? ¿se cosechaba agua o chicha dentro de ellos? Aunque advertimos (sobre todo instintivamente) su polisemia, suele presentarse una lógica de ordenamiento entre sus funciones la cual actúa como un escalafón: función primaria y función secundaria. O, en otras palabras, las relaciones comprobables y las relaciones inferidas.

Si como afirma Ingold (2011), las cosas son sus relaciones, entonces debemos comprender que el acercamiento que realicemos desde la indagación cristalizará ideas preconcebidas y anulará visiones alternativas del pasado. Un razonamiento lógico indicaría que, para quienes utilizaban estas herramientas en el pasado, la función de moler, libar o contener procedía a definir tal uso en esa actualidad. ¿Pero es esto realmente así? Comprender a las rocas con morteros como monumentos

relacionales (Bradley 1992) posibilita entender que las prácticas y, sobre todo, las experiencias son múltiples como múltiples usuarios, espectadores y meros observadores pueden existir. No obstante, la integración de estas experiencias diversas se da en un marco “controlado y producido” por cada grupo, contando con normas determinadas por un sistema de saber-poder legitimado (Foucault 1992). La memoria, la afectividad, la producción de parafernalia ritual, así como el anclaje simbólico (tanto para quienes produjeron esa materialidad como para quienes las usaron y para quienes las investigamos) tiene sentido en un contexto determinado y, aunque sea tentadora la posibilidad de emitir generalizaciones, debemos ser cuidadosos. ¿Es igual una roca con 50 oquedades que otra con cuatro? ¿Una sociedad cazadora-recolectora de la Patagonia posee el mismo acercamiento a esta materialidad que las personas del período Tardío del NOA? ¿La investigación y profundización se da igual si en el área de estudio solo existen morteros o si además contamos con otras materialidades como arquitectura o arte rupestre?

Sin embargo, aún en diferentes contextos y realidades, existen líneas de interpretación que pueden ser utilizadas de manera generalizada como concepto teórico que tiene implicancias prácticas en su análisis. Las rocas con oquedades construyen espacios y lugares, generando restricciones de movimientos y permitiendo otros, tanto a escala del soporte que los contiene como si ampliamos la escala al sitio. Generan, además, una experiencia fenoménica que se instaura en el cuerpo, no solo al estructurar los espacios sino también al promover gestos y movimientos (Troncoso 2008). Cada roca con morteros puede ser analizada “hacia dentro” a partir de la distribución y asociación de cada oquedad, las cuales prescribieron la posición de sus operadores, sus posturas corporales concretas, y asimismo el modo de vinculación con otros usuarios (Pastor 2015). Así como

puede analizarse esta distribución, también es posible indagar respecto a aquellos espacios que no presentan oquedades o modificaciones, estas áreas libres o de exclusión (Laguens y Fernández 2022) son las que posiblemente se seleccionaron para transitar dentro de los límites del soporte. La integración de ambos permite vislumbrar como se estructuró el espacio en cada soporte y comparar con otros soportes asociados. A escala de sitio, propongo pensar a las rocas con morteros como parte de una arquitectura imaginaria (Troncoso 2008) que estructura el tránsito dentro del sitio, a veces como sugerencia y otras veces como obligación espacial. Si bien esta arquitectura no posee muros, sí altera el espacio habitado permeando las decisiones de quién se mueve y habita (Troncoso 2008). Esta arquitectura dialogante (Troncoso 2007) es una realidad relacional entre lo modificado antrópicamente y aquello no transformado; la eficacia espacial reside en el interjuego compuesto por lo modificado y lo no modificado.

Ahora bien, esta función no anula la función de la molienda, o, mejor dicho, la función de moler no quita, necesariamente, preponderancia a esta otra función. ¿Bajo qué marco conceptual podemos explicar la coexistencia de estos dos usos, que podrían ser tres o cuatro o incontables? Una roca con morteros se usa para moler, estructura el espacio, constituye agentes sociales o como espacio de contención, es un monumento que porta memorias (tanto físicas como no tangibles), es un patio de juegos para los niños, un sitio de investigación para nosotras/os las/los arqueólogas/os... y mucho más.

Es en este punto que la idea de lo latente y lo manifiesto me permite dar un marco general a la multifuncionalidad existente en las rocas con morteros. Según la RAE, latente refiere a algo que está oculto, que se mantiene a la espera de entrar en funcionamiento o que, en apariencia, permanece inactivo. Mientras que, el adjetivo manifiesto significa aquello que es

evidente, se ve o percibe con claridad. Estos conceptos han sido comúnmente utilizados en el psicoanálisis, a partir de la teoría freudiana del consciente e inconsciente. Freud (1900), en su obra *La interpretación de los sueños*, propone que existen dos conceptos fundamentales para la comprensión de este fenómeno: lo aparente (o manifiesto) y lo latente. Lo manifiesto es aquello que se sabe (o se cree que se sabe) puramente por parte de quién sueña, ya que puede enunciarlo, registrarlo y comprenderlo. Es lo dicho, lo que se percibe de forma explícita. Si existe aquello que es evidente para Freud, también existe aquello que no lo es, y esto es lo que se debe hacer emerger. Es entonces lo latente, aquello que debe ser “descubierto” e interpretado, desconfiando de eso que se entiende a primera vista. Lo interesante del planteo freudiano es que tanto lo latente como lo manifiesto no se analizan desde un punto de vista jerárquico, ninguno es más importante que el otro *a priori*. Todo depende de que se quiera analizar, si necesitamos estudiar el consciente, quizás lo manifiesto sea la puerta de entrada correcta, más si nos interesa lo inconsciente, lo latente puede brindarnos mayores indicios. Conceptualmente, no existen diferencias de grado entre ambos y, aunque no se revelen al mismo tiempo, su presencia es indiscutible. Freud advierte que, en ocasiones, lo manifiesto obtura lo latente, ya que por su primeridad de aparición puede generar una percepción errónea de existencia única. No por ser lo primero que se percibe es lo único que existe en ese plano. Lo latente no es, necesariamente, una sola “cosa”, sino que implica múltiples realidades al unísono. Respecto a lo manifiesto, si bien tampoco lo es, suele anclarse a una interpretación concreta que, al cobrar mayor relevancia, sesga la percepción de la totalidad. ¿Quién, en la interpretación de las rocas con morteros, es el encargado de develar lo latente o, por lo menos, saber que también existe? Así como el psicoanalista interpreta lo no evidente -teniendo en cuenta lo visible- sabiendo de antemano que hay algo oculto que no se sabe,

el arqueólogo debe realizar un ejercicio de vigilancia epistemológica (Bourdieu *et al.* 2015) que le permita, si no estudiar, aunque sea entender que puede haber algo más allá de lo elegido para determinar cómo función. También será necesaria la comprensión que el “descubrimiento” de esa latencia, al igual que lo manifiesto, será limitada y sesgada y provendrá de ideas apriorísticas. Tal apertura, teniendo en cuenta los contextos particulares, permitirá posiciones más flexibles en la interpretación y en las agendas de investigación. Aun así, debe considerarse de suma importancia, la constitución de una base de datos concreta que permita su interpretación bajo distintos marcos teóricos que los que propongo en este trabajo. Asimismo, debemos tratar de agotar el estudio de lo manifiesto para allanar el camino respecto a las interpretaciones sobre lo latente. De todos modos, esto no implica que el estudio de lo manifiesto sea anterior a lo latente, sino que se trabaje en profundidad para agotar interpretaciones posibles. Con esto quiero recalcar la importancia de tener un sustento empírico para nuestras aseveraciones, sean estas manifiestas o latentes.

El concepto latente, en relación a lo aparente, se evidencia útil operativamente porque, según ya remarqué permite analizar algo (una cosa, un objeto, etc.) sin usar apriorísticamente la idea de jerarquía. En el caso de la investigación del pasado, el sesgo no proviene de la materialidad en si sino de la interpretación de esa materialidad que hacemos las/los arqueólogas/os. ¿Podemos pensar el modo en que operó en la mente de los individuos del pasado, inclusive en las comunidades actuales, esta multifuncionalidad? Cuando se molían los alimentos no se pensaba que eso solamente servía para tal fin y tampoco estaba consciente de manera pura que eso podía ser una actividad ritual, que servía a la cohesión social, etc. Estas otras funciones se incorporaban corporalmente, dándose en la práctica su hacerse carne, dentro de un contexto con normas definidas.

Algo similar ocurría con el ejercicio de la molienda, donde difícilmente los operadores discutían y reflexionaban respecto al acto en sí mismo. Entonces, ese contenido latente de la roca estaba presente constantemente en la mente de los usuarios, pero a partir de la corporalidad. Lo aparente no era tal, ¿el contenido de esa materialidad se expresaba todo el tiempo siendo/sirviendo para varias cosas a la vez? ¿Costaba diferenciar cada una para los usuarios o se racionalizaba y comprendía la multifunción? Hay un tejido socio-histórico en el que está inmersa esa lógica, siendo lo suficientemente fuerte como para complicar ese desentrañamiento. Si como científicos sociales no logramos desandar todas las relaciones (sociales, económicas, políticas, etc.) que existen en nuestro mundo actual, a partir de una acción cotidiana concreta que realizamos ¿por qué pretender tal cosa en el pasado? Aún con esta imposibilidad e intentándolo, nadie duda que nuestras acciones se enmarcan en un todo mayor que las define y que las hace parte de un entramado profuso de vínculos y redes diversas. Aunque no seamos conscientes de ellas, comprendemos que existen.

Entonces, lo manifiesto y latente podrían también haber estado presentes en el pasado, esta interiorización de la técnica (ya aprehendida e intuitiva) y simbolismo (internalizado a partir de la multifuncionalidad en la práctica), también puede advertirnos sobre esa latencia. No obstante lo anterior, y a riesgo de parecer obvio, debemos tener en cuenta el contexto y las particularidades del caso estudiado. ¿Qué sucede si “intercambiamos” el orden lógico utilizado en el acercamiento a estas materialidades? Como ya remarqué, cuando interpretamos un mortero, solemos pensar en que fue creado para moler y, además, para algún otro fin. Esto es afirmar que su funcionalidad manifiesta era la molienda y que las otras, aunque no inexistentes, son secundarias. Vale aclarar que estas decisiones/acciones se basan en lo que se conoce etnográficamente, lo

material y mensurable dentro de nuestra lógica científica aprehendida. Al existir otros casos con los que se pueda comparar, relacionando tal materialidad a otras situaciones, es lógico este suceso.

Si partimos de una base diferente, por ejemplo, que los morteros servían para ordenar y articular el tránsito y el espacio y, además, se usaban para moler, estamos invirtiendo una lógica que obstruye la amplitud de acercamientos al fenómeno.

Como advierte Barad (2007), las particularidades o funciones de los objetos -así como su(s) modo(s) de uso- no dependen de características intrínsecas que ya poseen, sino que emergen a partir de las acciones/relaciones y del encuentro con otros seres, tanto humanos como no humanos. Estos usos y significaciones no preceden a los vínculos con otras entidades, sino que se conforman en la práctica misma, es por esto que el término intra-acción define consistentemente los roles durante el vínculo en sí. La constitución de agencias es mutua y no *per se*, emergiendo durante el proceso que los liga. Es más, solo son distintas en un sentido relacional, siendo distinguibles en relación a sus enredos mutuos, no existiendo como elementos individuales (Barad 2007). Este razonamiento posa el eje no sobre los objetos independientes sino sobre el fenómeno de relación en sí, además no se limita a señalar la inseparabilidad del observador y el observado, sino que es cada fenómeno en sí mismo el que constituye la inseparabilidad o enredo de las agencias que intra-actúan (Barad 2007). Desde este punto de vista, cuando los arqueólogos predefinimos las funciones de los morteros de uso colectivo, estamos quitándoles relevancia agencial, acotándolos a una realidad creada por nosotros para un fin concreto que, aunque suene redundante, los determina y define.

Las oquedades de morteros se constituyen a partir de sus interacciones con el resto de las

oquedades presentes en el sitio, con los usuarios que las utilizan (o no) y con el contexto en el que se integran. En consecuencia, el énfasis debería recaer sobre las relaciones -o fenómenos, en términos de Barad- más que sobre los objetos y personas implicadas, ya que estos son índices de aquellos (Gell 2021). El caso de los lugares de molienda colectiva, por su persistencia temporal amplia, pueden haber sido parte de nuevas relaciones que se sumaron o reemplazaron a las ya existentes. Oquedades de molienda unidas a las personas crean trayectorias biográficas y espacialidades que desdibujan los límites entre lo externo y lo intrínseco al sujeto. En esta lógica, las personas no usan a los morteros, sino que estos son partes consustanciales de un todo que constituye a ambas partes.

En ocasiones los y las profesionales de la arqueología tendemos a esencializar ciertas experiencias, a interpretarlas dentro de ciertos límites y comportamientos pautados. En este sentido, debo resaltar la circunstancialidad que caracteriza a las prácticas. Pensarlas como homogéneas, cerradas o rígidamente estandarizadas nos vela la posibilidad de reconocer diferentes situaciones o usos dentro de un mismo hecho (Barbich y Gilardenghi 2020).

Los llanos riojanos como caso de estudio: morteros y vías de circulación

Los llanos riojanos son una porción de territorio que se ubica en el centro-sur de la provincia homónima, comprendiendo amplias planicies boscosas correspondientes a la formación del Chaco Seco (Cabido *et al.* 2018). En general los cursos de agua son estacionales y asociados a la acumulación pluvial que no supera los 400 mm anuales. La región puede dividirse en un área serrana que se extiende por aproximadamente 120 km de sur a norte (subdividida en costa alta y costa baja), “envolviendo” el área central con valles y piedemontes de menor altura, usualmente denominada Valle del Medio

y que se proyecta durante 50 km de este a oeste (Figura 1). El sistema montañoso de Los Llanos corresponde a las Sierras Pampeanas Meridionales y está compuesto por la cadena principal y otras menores como las sierras de Luján, Malanzán, Argañaraz y Quinteros; al sur de la sierra principal se encuentra la sierra de Minas, siendo ésta el límite austral del área.

Fitogeográficamente el área pertenece al distrito de Monte de sierras y bolsones chaqueño, destacándose la Brea (*Parkinsonia praecox*), la Tusca (*Acacia aroma*) y en menor medida el Quebracho Blanco (*Aspidosderma quebracho-blanco*). En zonas donde la oferta de agua es algo mayor, predomina el algarrobo blanco (*Neltuma alba*), el algarrobo negro (*Neltuma nigra*) y el Tala (*Celtis ehrenbergiana*). En cuanto a la fauna, las sierras son asiento de poblaciones de guanacos (*Lama guanicoe guanicoe*), vizcachas (*Lagostomus maximus*), poblaciones marginales de pumas (*Puma concolor*) y zorro colorado (*Lycalopex culpaeus*).

Geológicamente, las serranías principales corresponden a conjuntos granitoides y de rocas metamórficas (basamento cristalino), formados durante el Paleozoico Inferior, mientras que los valles están compuestos por areniscas, pelitas y conglomerados pertenecientes a la formación La Colina del Pérmico (Net y Limarino, 1997). Esto resulta en un paisaje litológico con un patrón peculiar, donde se intercalan rocas grises (ígneas y metamórficas) y rocas sedimentarias con tonalidades rojizas (Gilardenghi *et. al.* 2022) (Figura 2).

Las materialidades más conspicuas son de dos tipos: el arte rupestre y las instalaciones de molienda; en el primer caso las representaciones rupestres se dividen, según su técnica de ejecución, en grabados y pinturas. En cuanto a las instalaciones de molienda, las agrupamos según al tamaño y cantidad de oquedades existentes en los sitios, presentándose conjuntos de baja, media, alta y muy alta densidad ($n =$ menos de 20, $n =$ de 20 a 50, $n =$ entre 50 y 100,

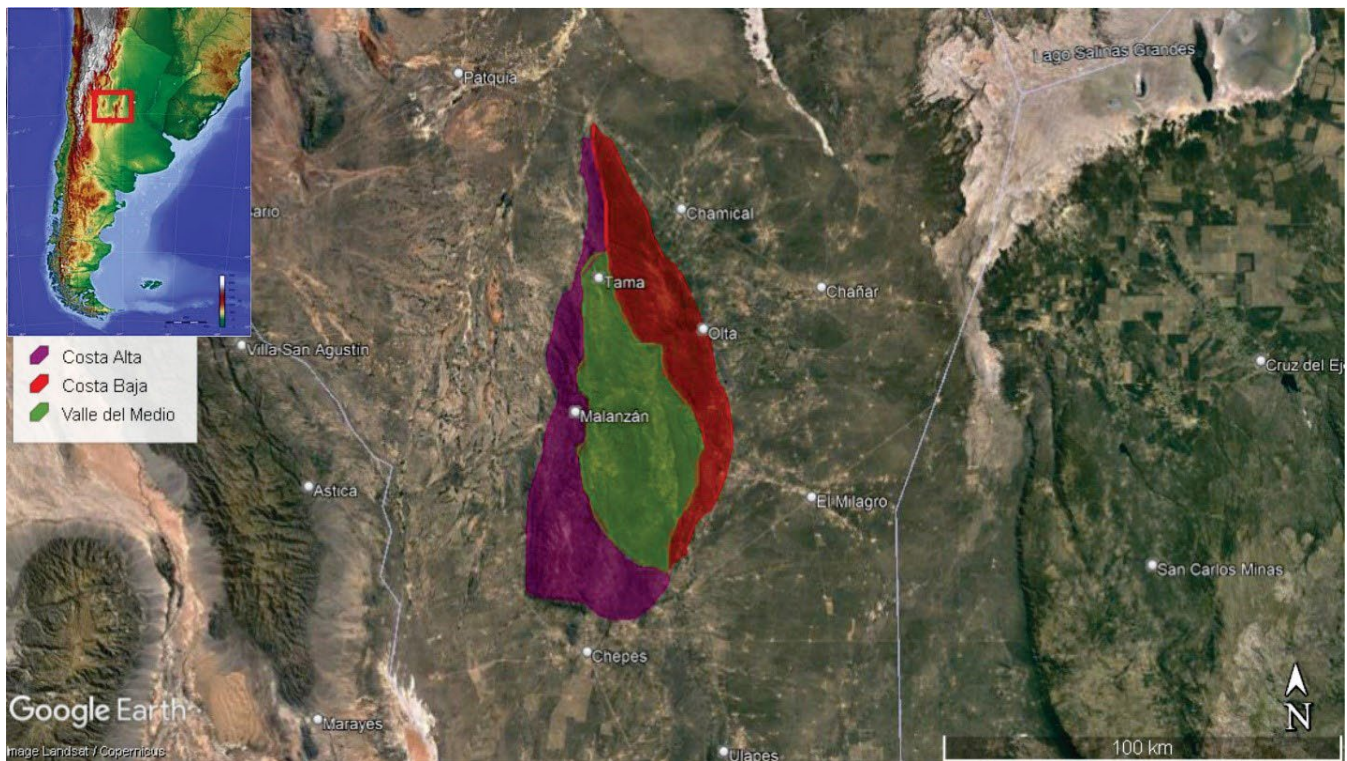


Figura 1. Ubicación de los llanos riojanos y sus respectivas divisiones geográficas.



Figura 2. Presencia de rocas sedimentarias (Valle del Medio) rodeadas por rocas graníticas correspondientes a las sierras circundantes.

n= más de 100, respectivamente) (Gilardenghi *et al.* 2022). Asimismo, se evidencia una heterogeneidad en el tamaño individual de las oquedades, característica que puede estar asociada tanto a la trayectoria de uso, al tiempo transcurrido desde su producción, al volumen contenedor de las mismas, etc. Destacamos que no hemos hallado morteros desfondados, ya que se encuentran en el suelo mismo, en techos de aleros y cuevas o en rocas aisladas de gran tamaño. Además, el registro arqueológico en estos contextos se completa con distinta cantidad de superficies pulidas -a veces asociadas con las oquedades- comúnmente definidas como

conanas, generando artefactos compuestos con la presencia de ambos elementos.

A partir de las investigaciones realizadas hemos podido definir una cierta segregación de estos registros, asociados a paisaje litológicos diferentes. En cuanto al arte rupestre, la primera división refiere a su técnica de ejecución: A) la casi totalidad de los sitios con pinturas se encuentran en ambientes graníticos, en cuevas ubicadas sobre las sierras. De todos modos, existen algunas excepciones, con pinturas realizadas en rocas de arenisca o en áreas más bajas que las sierras; B) Los motivos grabados se hallan en contextos litológicos distintos, pero siempre en valles o quebradas, no en la altura de las sierras. Las quebradas compuestas por rocas graníticas y el valle sedimentario de areniscas y pelitas son los dos emplazamientos seleccionados para la ejecución de los grabados. Encuanto a las instalaciones de molinenda también pueden reconocerse ciertas regularidades en su distribución, aunque están presentes tanto en contextos serranos, valles sedimentarios o quebradas graníticas. La distinción se da a partir del número de oquedades presentes en cada uno de estos contextos, si enumeramos de menor a mayor, los sitios de las sierras irían primero (con un promedio de entre uno y seis instrumentos), seguidos por aquellos de las quebradas graníticas (con máximos de 30 instrumentos) y, por último, los presentes en contextos de arenisca, con 13 sitios (Quebrada de Olta, La Chimenea, Los Bañados, Tres Cruces, Aguadita de La Arada, La Arada, El Sunchal, Uturuncu Yaco, Casangate, Corte de Casangate, Casangate Río Vito, Atilés, El Salado) con más de 100 instrumentos, llegando a máximos de entre 300 a 500 oquedades. Además, en este paisaje litológico de areniscas, también existen sitios que poseen entre 30 y 100 instrumentos, intercalados entre los anteriormente nombrados.

El Valle del Medio, por la cantidad de sitios y la cantidad de oquedades, presenta cerca

del 90 % del total de las instalaciones de toda el área (de los cinco mil quinientos morteros, cinco mil se ubican aquí), generando un paisaje completamente antropizado durante 50 kms. Los sitios se mantienen sin solución de continuidad desde los dos grandes ingresos al valle central, Olta al este (370 oquedades) y Malanzan/Atiles al oeste (1020 unidades), conformando una gran vía de circulación que conecta las llanuras a un lado y el otro de nuestra área (el área de salares del oeste cordobés y la zona limítrofe de la provincia de La Rioja con el oeste riojano, zona del llano hasta Valle Fértil en San Juan y Talampaya en La Rioja). Esta monumentalización del paisaje articula el arte rupestre, los morteros y otros ingresos menores al valle central a través de las quebradas graníticas casi sin morteros (Gilardenghi *et al.* 2022) (Figura 3).

No existen, en el Valle del Medio, sitios residenciales con arquitectura en piedra cercanos a las oquedades, aunque nuestro equipo de trabajo ha podido reconocer conjuntos de estructuras de combustión en espacios delimitados. La distribución de estos campamentos está siendo estudiada actualmente, no contando con datos precisos de las mismas. Sin embargo, algunos están ubicados en las cercanías de los sitios con oquedades, conformando en algunos casos, localidades arqueológicas discretas. Aunque no se han recuperado más que unos pocos tiestos cerámicos, estos campamentos presentan una alta variabilidad de materias primas líticas en diferentes momentos de la secuencia de producción (núcleos, lascas primarias y secundarias, algunos artefactos ya finalizados).

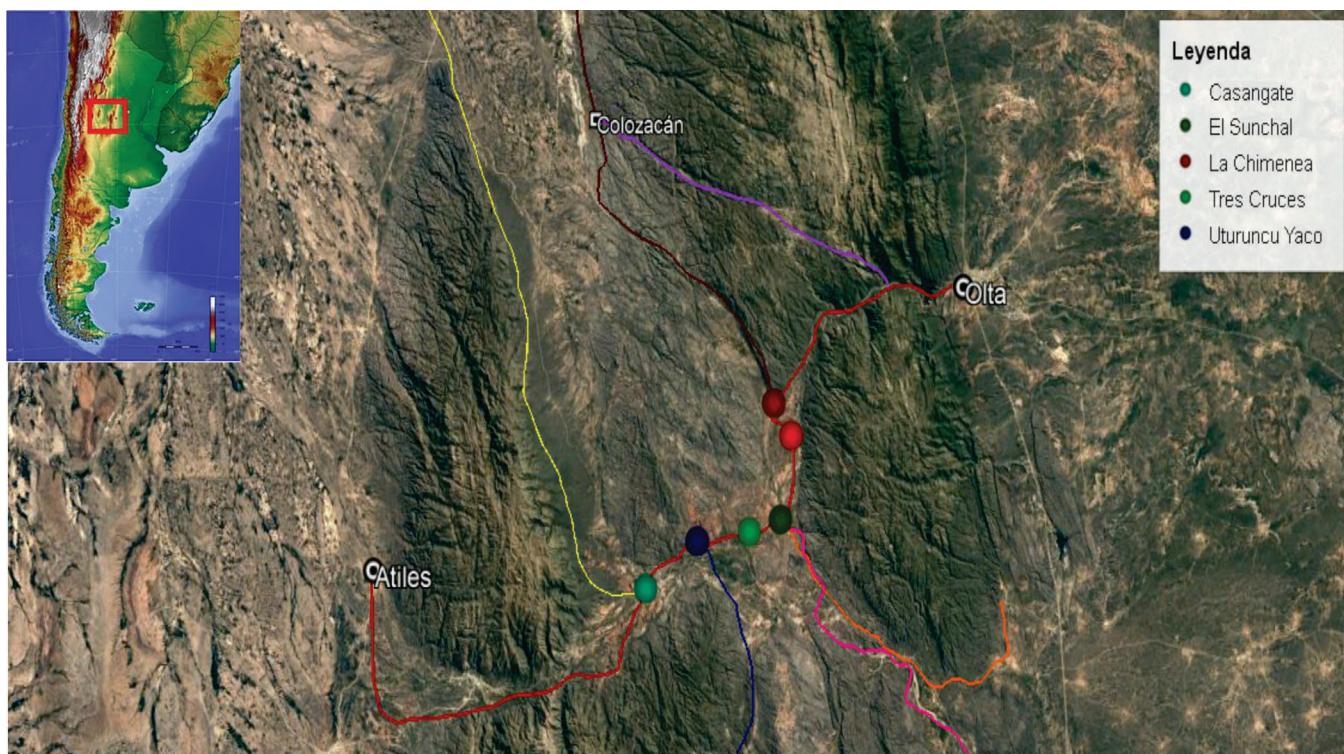


Figura 3. La línea roja indica la vía de tránsito entre los morterales. Se destacan los sitios más significativos en cuanto a tamaño y cantidad de instrumentos. Las líneas de colores marcan los diferentes ingresos al Valle del Medio.

Las diferencias en cantidad de oquedades entre los sitios de las sierras, quebradas graníticas y el valle del Medio, sugieren una construcción del territorio diferencial. Es destacable el hecho que, tanto en las quebradas graníticas como en el ambiente de sierras, existe una amplia disponibilidad de soportes rocosos donde podrían haberse realizado oquedades, pero se eligió no hacerlo. En las áreas de rocas de arenisca, también existieron otros soportes no utilizados que podrían haberlo sido.

Otra característica que llama la atención es el tipo de roca elegida para realizar los morteros; en el caso del granito el trabajo invertido para la realización de las oquedades debe haber sido mayor que en las areniscas. La dureza e integridad de cada una es diferente, siendo la arenisca una roca sedimentaria de fácil destrucción debido a que contiene espacios intersticiales entre sus granos y a su menor compactación. En cambio, el granito, de origen ígneo, posee mayor resistencia y consolidación. Asimismo, los detritos generados por el acto de moler son de distinto grado, ya que por sus características el granito se desgrana menos que la arenisca. Esto permite suponer que las funcionalidades podrían haber sido distintas, estando las primeras más preparadas para la molienda mientras que las segundas podrían servir como contenedores de bebidas (Pastor com. pers. 2023). En el área se hallan grandes superficies cubiertas por algarrobales, las cuales en el pasado parecieran haber sido más extendidas aún, dando pie a la hipótesis que indica que el fruto de este árbol ha sido fundamental para la subsistencia de estas sociedades. Quizás, los morteros en arenisca fueron usados para la producción y contención de bebidas fermentadas derivadas del algarrobo como la Aloja y la Añapa. En el presente, los pobladores del lugar, las producen y consumen “como antes”, según sus propias palabras. He sido testigo de la producción, en morteros caseros de arenisca, de ambas bebidas, así como de su posterior guardado en estos mismos

recipientes tapados con rocas planas de gran grosor. Relatos etnohistóricos, reafirman el consumo de bebidas alcohólicas ancestrales en algunos de los actuales sitios que nuestro equipo analiza (Lozano 1874).

En el Valle del Medio existen concentraciones de morteros de diferentes tamaños, así como distribuciones también diversas. Existen sitios que poseen más de 300 oquedades en áreas pequeñas o concentradas en una sola roca de soporte (como por ejemplo El Salado, La Arada y Tres Cruces) y otros cuya distribución implica diferentes puntos dentro de un mismo sitio arqueológico que posee áreas más extensas (El Sunchal, Atilas y Casangate). Tal diversidad permite que nos preguntemos si la cantidad de oquedades (en esta escala) tiene que ver con su funcionalidad o si lo realmente importante es la totalidad de los sitios (n 35), siendo la suma de las partes más importantes que las partes en sí. Esto no implica que cada sitio no sea importante (y por ende su estudio), pero posicionarse desde una visión particularista de cada uno de ellos podría oscurecer la comprensión del proceso regional. No obstante, abogo por un conocimiento acabado de cada uno de los sitios con morteros, para poder lograr diferentes escalas interpretativas que enlacen lo regional y lo local. De hecho, nuestro equipo de trabajo se encuentra realizando actualmente los análisis correspondientes a un mayor conocimiento de sitios puntuales, teniendo en cuenta su distribución interna y las materialidades presentes.

Inclusive, y retomando una discusión aun no saldada dentro de la arqueología, podríamos catalogar esta sucesión de morterales como un gran sitio o localidad arqueológica cuyos límites materiales concuerdan con una segregación concreta del paisaje litológico asociado. Si pensamos a los llanos como un territorio de peregrinaje (Gilardenghi *et al.* 2022) quizás sea necesario comprender que, a diferencia de las visiones más contemporáneas, lo importante

no solo sea el lugar a donde se llega (si es que existe tal lugar) sino el espacio que se transita, regulando el territorio y los pulsos del andar de los individuos, objetos e imágenes.

Entendemos que todos los sitios con morteros podrían no haber estado activos al mismo tiempo, y que, si lo estuvieron, podrían no haberse utilizado todas las oquedades existentes, la sola presencia en el espacio de los lugares era relevante como elementos semantizadores del entorno. La existencia de un mortero no es sinónimo de la presencia de una persona, aunque podemos pensar en los volúmenes máximos de alimento/bebida producido/contenido, así como en la cantidad de usuarios según la ubicación de cada persona y mortero dentro del soporte (ver Pastor 2015).

Si bien actualmente nuestro equipo de trabajo no posee datos concretos respecto a la población llanista en momentos prehispánicos, presumimos que, al ser un territorio de articulación entre diferentes áreas (Gilardenghi *et al.* 2022) estos flujos se daban estacionalmente cuando se realizaba la cosecha de la algarroba, así como también en las festividades en donde se producía alimentos y bebidas (Giovanetti 2021). Estos vínculos macro-regionales fueron plasmados, sobre todo en la iconografía rupestre, en la cual se han corroborado conexiones visuales formales a escala motivo con el noroeste cordobés, norte de San Juan, San Luis y el NOA. Si bien aún no puede afirmarse que existieron relaciones de intercambio más allá de lo visual, los procesos sucedidos en el NOA tuvieron injerencia iconográfica concreta en el arte llanista (Ocampo y Pastor 2017).

Aunque los sitios con morteros poseen características diferentes respecto a su tamaño, extensión, cantidad de oquedades y otras materialidades asociadas, existen algunas generalidades compartidas que detallaré a continuación.

En primer término, vale recalcar que la disponibilidad de rocas, en los entornos de los morterales, es alta. Existen otros soportes plausibles de utilizarse para la construcción de los morteros que no han sido elegidos para tal fin. Estas rocas disponibles tienen las mismas características de aquellas sí seleccionadas e, inclusive, mejores en algunos casos. No poseen otro color ni diferencias de alturas ni menor dureza, no existen formas llamativas o asociaciones que las vinculen a otras materialidades.

En los casos donde las oquedades concentran un mayor número en un solo planchón rocoso no encontramos áreas de exclusión o “libres” de morteros (Laguens y Fernández 2022) que puedan responder a un patrón sistemático de (des)orden. En estos casos se tendió a utilizar casi la totalidad de la superficie para realizar las oquedades, generando un *horror vacui* que complejizaría el tránsito por la roca y no delimitaría una orientación de ingreso determinada. Aunque podría pensarse que la cantidad de oquedades responde a sucesivas elecciones de los creadores por las particularidades del afloramiento (cercanía a recursos o asentamiento, calidad de la roca, etc.) hay que tener en cuenta que también existían otros soportes disponibles con casi las mismas singularidades, los cuales no fueron modificados. En tal caso, también es posible que la selección de uno y no otro soporte pueda vincularse a cuestiones de memoria social y carga de significados en determinados espacios. Así, se siguieron eligiendo los lugares que ya estaban modificados porque estos conectaban con un tiempo pasado o con los ancestros.

En los casos donde la cantidad de unidades se encuentran distribuidas en distintos soportes, se evidencia que cada uno posee menor cantidad de oquedades con espacios libres significativos, que pueden llegar a ocupar la totalidad de la roca. Ambas modalidades construyen el espacio de maneras diferentes, privilegiando

la concentración o la dispersión de individuos, según el caso (Figura 4).



Figura 4. Morteros correspondientes a la misma unidad topográfica; a) muestra los mismos dentro de la cueva; b) en el techo de la misma, sitio El Sunchal; c) Planchón de morteros en el sitio La Arada; d) Planchón de morteros en el sitio El Salado.

Otra regularidad que se distingue dentro de los sitios con morteros es la presencia de diferentes segmentos de altura, respecto a su ubicación. Casi invariablemente los sitios, así como individualmente la mayoría de los soportes dentro de ellos, exhiben oquedades a diferentes alturas, fraccionando el espacio no solo horizontal sino también de modo vertical. Esto permite ciertas conexiones visuales que no serían tales si la distribución ocurriese en un solo nivel de altura, facilitando la permeabilidad visual entre puntos distantes (Figura 5).



Figura 5. Distribución de las materialidades en el sitio El Sunchal, como ejemplo de las ubicaciones a distintas alturas (marcadas según las curvas de nivel) y en diferentes espacios del sitio.

En aleros y cuevas, suele producirse este fenómeno a partir de la presencia de morteros en: A) la parte superior del techo, por fuera del reparo; B) dentro de la línea de goteo, en unidades topográficas discretas y C) fuera de la línea de goteo, a una altura menor que la anterior. Se diferencian así tres niveles diferentes en este tipo de situaciones. Aunque no hay indicios concretos para definir una jerarquía a partir de la altura, creemos que cada ubicación de quién ejecuta la acción implica diferentes visualidades del entorno y las personas. Quién está en el techo no puede ser visto y, como comprobamos en nuestro trabajo de campo, difícilmente oído, posee una ubicación privilegiada para vigilar el paisaje circundante, conectando visualmente con otros emplazamientos lejanos, tanto antrópicamente

modificados como propios de la naturaleza. En cambio, quienes están dentro de la cueva tienen una visión restringida de lo que sucede alrededor, pudiendo observar y comunicarse solamente con aquellos operadores que están en los instrumentos dispuestos por fuera de la línea de goteo y viceversa (Figura 4).

Otro factor que suele repetirse en las concentraciones importantes de morteros es la inclinación. En la mayoría de los casos, existe una caída significativa y fácilmente perceptible a ojo desnudo, no obstante, no todos los soportes tienen la misma inclinación, siendo algunos más pronunciados que otros. Asociamos esta característica con otros soportes que poseen usualmente inclinación y están intervenidos a partir de la presencia de cúpulas en toda su extensión. Estos suelen ser rocas de menor tamaño que los planchones, pero la distribución aleatoria de las modificaciones y su posición las vincula, por similitud, con los soportes rocosos de los morteros de uso comunales.

Este último caso lleva a preguntarnos si no pudieron haber sido utilizadas como soportes donde se realizaban vertidos de líquidos y libaciones, rebalsando las cúpulas y generando la emulación visual de un curso de agua. Si bien este tipo de prácticas se han registrado en el mundo andino, no puede negarse que existan similitudes con otros territorios. Puntalmente, en la región llanista riojana, existe actualmente una mitografía asociada a la madre del agua o *Yacurmama*, la cual creemos que tiene raíces prehispánicas. Incluso, se realizan rituales para promover la lluvia o el normal flujo de los cursos de agua, vertiendo líquido en determinados lugares o realizando sacrificios de la hacienda. Si las rocas con cúpulas fueron utilizadas para este tipo de llamamientos, podemos pensar que quizás también emulaban de manera metafórica, mimética y a distinta escala, los grandes planchones con oquedades de morteros que también podrían haber tenido esta función (Figura 6).



Figura 6. Roca con morteros y cúpulas comparada con planchón de roca con morteros. La primera corresponde al sitio El Sunchal y la segunda al sitio Casangate

Conclusiones

En este trabajo, en primera instancia, he realizado un racconto bibliográfico sobre las apreciaciones respecto al estudio de los morteros colectivos. En la bibliografía se percibe un énfasis en las explicaciones que focalizan sobre el uso y la función de estas materialidades. El eje centrado sobre la función recayó en la molienda de diferentes elementos (pigmentos, alimentos, bebidas), brindándole *a priori* una importancia excesiva que determinó las investigaciones y sus procesos.

Visiones alternativas, que indagaron respecto a otras posibles funcionalidades, han sido puestas en práctica en los últimos años. Si bien estas hipótesis ampliaron los márgenes de entendimiento del fenómeno, no lograron distanciarse del eje de la molienda. Los morteros en diferentes contextos servían para distintas cosas, pero en todos los casos, primariamente, eran usados para moler. Esas otras funcionalidades quedaban subordinadas al uso "principal". Siempre, se molía. Los argumentos multi-funcionalistas, aunque lógicos, no poseían un marco de referencia que les permitiera explicar tal generalidad. He intentado esbozar una explicación que pueda ser aplicada a un amplio espectro de contextos; ésta no determina cuál de esas funciones es la que posee un mortero comunitario, pudiendo ser cualquiera de las ya enunciadas en el texto. El objetivo fue explicar bajo qué criterios podemos comprender ese abanico de posibilidades y porqué el sesgo suele ser funcional/utilitario. Comparto la opinión que tienen diversos autores, quienes profundizaron respecto a que los objetos no son unívocos, funcionalmente ni previamente definidos, sino que se insertan en una red de relaciones y enlaces que los determinan contextualmente, a la vez que son productores de sentido de esos otros objetos y seres con quienes se enredan (Acuto *et al.* 2011; Hodder 2011; Ingold 2011). La materialidad de un objeto se constituye al relacionarse con otros

seres en la práctica; existen enredos entre seres humanos y cosas, en los cuales unos dependen de otros y viceversa. Les arqueólogos, (*VER*) como estudiosos de las sociedades humanas, hacemos el camino inverso: partimos de las cualidades físicas de los objetos y procedemos a re-enredarlos simbólicamente.

Utilizar los conceptos aparente y latente permite, en parte, comenzar a responder estas cuestiones. Si se parte de la base que existen ambos cuando se estudia un mortero, se comprende que además de aquello que es "obvio" o "visible" (la molienda) existe eso otro que espera ser mirado y descubierto (su rol como productor de agentes sociales o como estructurador de la espacialidad, por ejemplo). Estas dos propiedades no se subordinan una a otra, existen paralelamente y son igualmente relevantes en la constitución de esa roca como elemento antropizado. Si cuando nos acercamos al estudio de una roca con morteros, nos despojamos de las funciones apriorísticas quizás podremos comprender su mayor rango de acción en su contexto. Habrá seguramente nuevas funciones que aparezcan y, quizás, hasta lo aparente pueda cambiar. ¿Por qué no pensar que la función aparente es la de estructurar el espacio y la latente la de ser un lugar donde se produce y reproduce la memoria social? ¿Por qué primero no vemos a un mortero como un espacio de contención y luego como uno de molienda? Es necesario romper las barreras epistemológicas materiales y de significación para comenzar a construir las articulaciones producidas entre objetos, sujetos, seres, prácticas y esferas sociales que van más allá de las compartimentalizaciones analíticas contemporáneas (Acuto *et al.* 2011).

En los llanos riojanos, los morterales de uso comunal (sus prácticas, instrumentos y significados) se enhebran con otras materialidades, materializando vínculos que significan el territorio llanista. El primer acercamiento de nuestro equipo de trabajo a este

registro estuvo atravesado por el acto de moler, buscando responder que era lo que se procesaba o contenía en las oquedades. A medida que la investigación progresaba, nuevos sitios eran descubiertos y comenzaba a esbozarse una distribución notoria. La concentración de sitios con gran cantidad de morteros ocurre en el Valle del Medio, asociado a un paisaje litológico de areniscas, mientras que en las quebradas que lo intersectan la materialidad más conspicua son los grabados, con pocos morteros en el paisaje. Tal segmentación nos sugirió una estructuración del espacio que focalizaba en la asociación entre paisaje litológico y materialidad presente, generándose en el valle central una vía de circulación que conectaba todas las instalaciones de molienda por una zona baja en altura y de fácil tránsito, si la comparamos con las sierras circundantes. A esta vía se ingresaba por distintas entradas perpendiculares que utilizaban las quebradas graníticas, algunas de ellas con cursos de agua o reservorios hídricos naturales, con arte grabado en su interior. Por sus características formales, el arte posee similitudes significativas con el oeste cordobés y riojano, así como con algunas áreas de San Juan y San Luis (Gilardenghi *et al.* 2023; Ocampo y Pastor 2017). Podemos pensar, entonces, que los llanos recibían visitantes de otras áreas que eran guiados por las intervenciones en el paisaje tanto en los ingresos al valle como en él tránsito por él. Los morterales jerarquizaban el espacio, controlando y restringiendo hacia donde debían moverse los individuos. Al mismo tiempo, brindaban una experiencia de socialización con otros individuos que propiciaba la conexión entre pasado y presente, por la carga transgeneracional que poseían las rocas intervenidas, enredando seres y objetos de diferentes lugares y momentos históricos se tejían redes y alianzas a través de los cuerpos. La experiencia de “habitar” una instalación de molienda, sea como observador o ejecutor de la acción, brindaba experiencias somáticas asociadas al ruido y acompasamiento, a los gestos técnicos de la molienda, las posiciones

corporales y una visión más o menos restringida según el rol y la ubicación dentro de estos planchones rocosos. Si a esto lo acompañamos con el acto de ingerir comidas y bebidas la experiencia se convierte en un suceso completo, un hecho social total (Mauss 1971). Los morterales se “convierten” en espacios de contención, donde se ponen en juego sentidos físicos y simbólicos que monumentalizan el entorno del valle. Hayan sido o no estacionales, estos encuentros manifiestan su relevancia en la memoria social, perdurando en el tiempo y el territorio. La amplia distribución y la cantidad (tanto de sitios con morteros como de oquedades) de este tipo de materialidad en el Valle del Medio, exacerba la segmentación espacial que naturalmente presenta el territorio: paisajes graníticos en las quebradas de ingreso al valle y paisajes de arenisca dentro de él, con pocas oquedades en el primer caso y con un alto volumen en el segundo. A través de estos hitos del territorio, el paisaje se transformó en un gran espacio de memoria que incluyó manifestaciones rupestres particulares de otras áreas. Sumando los morteros a la ecuación, percibimos una sacralización del espacio tendiente a integrar distintas materialidades y grupos, así como tiempo y espacio. La diversidad de escenarios, respecto a los morteros, nos advierte de tal circunstancialidad. Diferentes sitios que difícilmente fueron utilizados al unísono, por la misma cantidad de personas y para las mismas funciones componen una red de significados plasmados a través de la memoria social. ¿Por qué pensar en los morteros como herramientas de molienda si aún no hemos encontrados restos de producción dentro de ellos? Los significados latentes podrían indicar que fueron espacios de cohesión social que organizaban el paisaje a partir de postas o paradas dentro de un contexto de tránsito. En estas se recordaban situaciones del pasado y se construían realidades que serían recordadas en el futuro. Se vertían líquidos que emulaban ríos y otros cursos de agua, a veces en rocas con pocas oquedades y otras en planchones con cientos de ellas. Dialogaban

con otras materialidades como las rocas con cúpulas, replicándose metafórica y mutuamente a distintas escalas, permitiéndose asociaciones tanto materiales como simbólicas. Promovían ciertos vínculos sociales entre los usuarios y entre los observadores a la vez que restringían cierto tipo de contactos: quienes utilizaban los morteros de los techos de los aleros y cuevas no podían comunicarse con aquellos que estaban usando aquellos dentro de la cueva o en sus inmediaciones, pero sí podían vigilar el entorno mediato del sitio. Permeaban la cantidad de personas presentes en los planchones, debido a que en general no existían espacios de vacío dentro de ellos. Zonificaban los sitios, horizontal y verticalmente, creando escenarios para eventos rituales. Estos escenarios exceden

la escala de sitio, proyectándose a una realidad local que incluye al Valle del Medio y sus ingresos. Las memorias impregnadas en el territorio dan cuenta de vínculos regionales que, posiblemente, incluían diferentes cosmovisiones que se articulaban en los llanos, material y simbólicamente.

Finalmente, destaco la importancia de promover interpretaciones alternativas o, aunque sea, discutir aquellas dadas por hecho. La versatilidad de realidades posibles y la creencia de que estas existen, nos exhortan a que intentemos hacer consciente aquello que está latente antes que quedarnos con lo *a priori* aparente.

Bibliografía citada

Acuto, F., M. Smith y E. Gilardenghi
2011 Reenhebrando el pasado: hacia una epistemología de la materialidad. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 16(2): 9-26. <https://doi.org/10.4067/S0718-68942011000200002>

Agüero Blanch, V.
1962-63 Un alisador para la fabricación de piedras de boleadoras. *Anales de Arqueología y Etnología* 17-18: 189-194.

Ambrosetti, J. B.
1897 La antigua ciudad de Quilmes (Valle Calchaquí). *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* 18: 33-70.

Babot, M. P.
2003 Starch Grain Damage as an Indicator of Food Processing. *Phytolith and Starch Research in the Australian-Pacific-Asian Regions: The State of the Art* (ed. por D. M. Hart y L. A. Wallis), pp. 69-81. Pandanus Books for the Australian National University, Canberra.

2004 *Tecnología y utilización de artefactos de molienda en el Noroeste Prehispánico*. Tesis

de Doctorado en Arqueología. Facultad de Ciencias Naturales e Instituto Miguel Lillo, Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán.

2007 Organización social de la práctica de molienda: casos actuales y prehispánicos del Noroeste argentino. *Procesos sociales prehispánicos en el Sur Andino: La vivienda, la comunidad y el territorio* (comp. por A. Nielsen, M. Rivolta, V. Seldes, M. Vazquez y P. Mercolli), pp. 259-290. Editorial Brujas, Córdoba.

2017 Morteros de Argentina: miradas desde y hacia la arqueología de los siglos XIX y XX y prospectos para futuros estudios. *Actualización en el estudio de las piedras tacitas: Nuevas perspectivas. Serie monográfica de la Sociedad Chilena de Arqueología* 6: 39-66.

Barbich, S. y E. Gilardenghi
2020 "Más allá del juego": prácticas no guionadas, interacciones entre personas y cosas en dos estadios de fútbol de la Ciudad de Buenos Aires, Argentina. *Etnográfica. Revista do Centro em Rede de Investigação em Antropologia* 24(1): 91-113.

Barad, K.
2007 *Meeting the universe halfway: Quantum*

physics and the entanglement of matter and meaning.
Duke University Press, Durham & London.

Bednarik, R.

2015 The tribology of cupule. *Geological Magazine* 152(4): 758-765. <https://doi.org/10.1017/s0016756815000060>

Bourdieu, P., J. C. Chamboredon y J. C. Passeron
2015 *Oficio de sociólogo: metodología da pesquisa na sociologia.* Vozes, Petrópolis.

Bradley, R.

1992 *Altering the Earth.* Society of Antiquaries of Scotland, Edinburgh.

Cabido, M., S. Zeballos, M. Zak, M. Carranza, M. Giorgis, J. Cantero y A. Acosta
2018 Native woody vegetation in central Argentina: classification of Chaco and Espinal forests. *Applied Vegetation Science* 21(2): 298-311. <https://doi.org/10.1111/avsc.12369>

Conte, B. y A. Robledo

2020 Aplicación de tecnologías 3D en sitios arqueológicos del valle de Ongamira, Córdoba, Argentina. Fotogrametría en excavaciones y morteros arqueológicos. *Revista del Museo de Antropología* 13(1): 273-280. <https://doi.org/10.31048/1852.4826.v13.n1.2390>

Criado-Boado, F.

1999 Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la arqueología del paisaje. *CAPA* 6: 1-82. Santiago de Compostela.

De Gandía, E.

1943 *Problemas indígenas americanos.* Colección Buen Aire, Buenos Aires.

Difrieri, H.

1943 Morteros indígenas en Ancasti. *Boletín de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos* 5: 8-23.

Foucault, M.

1992 *Microfísica del poder.* Ediciones de La Piqueta, Barcelona.

Freud, S.

1900 [1986] *La interpretación de los sueños.* Amorrortu, Buenos Aires.

Frengüelli, J.

1931 Recipiente de piedra para juntar agua de lluvia. *Solar*: 153-160.

Giddens A.

1979 *Central problems in social theory, Action, structure and contradiction in social analysis.* University of California Press, Los Angeles.

Gilardenghi, E., T. Muzzigoni, H. Biurrun, L. Tissera y S. Pastor

2022 (De)construyendo el Corte de Casangate: primeros acercamientos a un sitio con arte rupestre en Los Llanos de La Rioja (Argentina). *Estudios Atacameños* 68. <https://doi.org/10.22199/issn.0718-1043-2022-0031>

Giovannetti, M. A.

2021 Chicha and food for the Inka feasts: their materiality in state production contexts in southern Tawantinsuyu. *Journal of Anthropological Archaeology* 62(6): 1-17. <https://doi.org/10.1016/j.jaa.2021.101279>

Giovannetti, M., G. Cochero, P. Espósito y J. Spina

2010 Excavación y análisis de un mortero múltiple a través de la diversidad de su registro y su relación con la evidencia cerámica. *VXII Congreso Nacional de Arqueología Argentina.* Mendoza.

Gell, A.

2021 *Arte y agencia: una teoría antropológica.* Sb Editorial, Buenos Aires.

Guraieb, G. y M. Rambla

2021 Características y trayectoria de uso de una

- estructura fija de morteros asociada al pucará El Chiflón, Dpto. Independencia, La Rioja. *Mundo de Antes* 15(2): 145-178. <https://doi.org/10.59516/mda.v15.255>
- Hodder, I.
2011 Human-thing entanglement: towards an integrated archaeological perspective. *Journal of the Royal Anthropological Institute* 17: 154-177. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9655.2010.01674.x>
- Ingold, T.
2011 *Being alive: essays on movement*. Routledge, Londres.
- Jackson, S.
2004 Los implementos de molienda en un campamento estacional del Holoceno Medio: implicancias funcionales y contextuales. *Chungara* 36: 95-103.
- Laguens, A. y M. Fernández
2022 La piedra con morteros de La Toma, Villa de Soto, Córdoba, como un espacio de contención arqueológico. *Sociedades de Paisajes Áridos y Semiáridos* 1(16): 77-110.
- Lema, V., C. Della Negra y V. Bernal
2012 Explotación de recursos vegetales silvestres y domesticados en Neuquén: implicancias del hallazgo de restos de maíz y algarrobo en artefactos de molienda del Holoceno tardío. *Magallania* 40(1): 229-247. <https://doi.org/10.4067/S0718-22442012000100013>
- Lehmann-Nitsche, R.
1903 Los "morteros" de Capilla del Monte (Córdoba). Contribución a la Arqueología argentina. *Revista del Museo de la Plata* 11: 215-221.
- Lozano, P.
1874 *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán (Vol. 1)*. Casa Editora "Imprenta Popular", Buenos Aires.
- Lucas G.
2012 *Understanding the Archaeological Record*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Mauss, M.
1971 *Ensayo sobre los dones, razón y forma del cambio en las sociedades primitivas*. Tecnos, Madrid
- Nardi, R. y S. Chertudi
1969 Instrumentos arcaicos para majar y moler en San Juan (Argentina). *Revista de Etnografía* 13(26): 387-418.
- Net, L. y C. Limarino
1997 Paleogeografía y correlación estratigráfica del Paleozoico Tardío de la Sierra de Los Llanos, provincia de La Rioja. *Revista de la Asociación Geológica Argentina* 54(3): 229-239.
- Ocampo, M. y S. Pastor
2017 Circulación de información y repertorios compartidos entre grabados rupestres de Los Llanos riojanos y del nororiente de San Juan (Argentina). *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano. Series especiales* 5(1): 40-50.
- Outes, F.
1911 Los tiempos prehistóricos y protohistóricos en la provincia de Córdoba. *Revista del Museo de La Plata* 17: 261-374.
- Paez, F. N., M. A. Berón, E. N. Lucero y M. P. Carrera Aizpitarte
2020 Análisis formal del mortero múltiple ubicado en Cerro de los Viejos (Departamento Caleu Caleu), La Pampa, Argentina. *Revista del Museo de Antropología* 13(1): 95-104.
- Palladino, L. y C. Álvarez Ávila
2019 Experiencias y diálogos en el mapeo colectivo de territorios comechingones en San Marcos Sierras y alrededores. *E+E* 5(6): 1-16.

Pastor, S.

2007 Juntas y cazaderos. Las actividades grupales y la reproducción de las sociedades prehispánicas de las Sierras Centrales de Argentina. *Procesos Sociales Prehispánicos en el Sur Andino. La Vivienda, la Comunidad y el Territorio* (ed. por A. Nielsen, M. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli), pp. 361-376. Editorial Brujas, Córdoba.

2015 Acerca de la constitución de agentes sociales, objetos y paisajes. Una mirada desde las infraestructuras de molienda (Sierras de Córdoba, Argentina). *Condiciones de Posibilidad de la Reproducción Social en Sociedades Prehispánicas y Coloniales Tempranas en las Sierras Pampeanas (República Argentina)* (ed. por J. Salazar), pp. 302-341. CEH-CONICET, Córdoba.

Reynoso, A.

2003 Arqueo-astronomía en Rincón Chico (Catamarca, Argentina): Monumentos del tiempo, monumentos de encuentro en el valle de Yocavil. *Arkeologiska skrifter 54 Etnologiska studier* 46.

Rusconi, C.

1940 Los "morteritos" y "hornillos en tierra" de Mendoza. *Anales de la Sociedad Científica Argentina* 130: 13-24.

Rosalía, P y P. Rionda

2018 *Relatos del Viento: Recopilación de tradiciones orales del Norte cordobés*. Editorial Ecova, Córdoba.

Saghessi, D. y A. Matarrese

2021 Artefactos de molienda en el este de Norpatagonia (provincia de Río Negro, Argentina): un estudio de colecciones arqueológicas. *Revista del Museo de La Plata* 6(2): 143-160. <https://doi.org/10.24215/25456377e145>

Troncoso, A.

2007 Dos proposiciones sobre los sitios de arte rupestre. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 40: 15-20.

2008 Arquitectura imaginaria y ritualidad del movimiento: Arte rupestre y espacio en el cerro Paidahuen, Chile Central. *Sed non Satiata II*. (ed. por F. Acuto y A. Zarankin), pp. 279-302. Argentina: Colección Contextos-Humanos, Serie Inter-Cultura: Memoria y Patrimonio. Encuentro Grupo Editor.

Vignati, M.

1931 ¿Morteros o represas? Nueva interpretación de las agrupaciones de "morteros". *Notas Preliminares del Museo de La Plata* 1: 45-61.